

# TEMES

## Europeísmo y catolicismo en el discurso cultural y político catalán de la posguerra

*Carles Santacana Torres*

UNIVERSITAT DE BARCELONA

### ABSTRACT

Entre los elementos que configuran la reelaboración del discurso democrático en la posguerra, tienen un papel relevante la redefinición del catolicismo y un nuevo concepto de europeísmo. En el primer caso se trata de la adecuación del cristianismo a una concepción de sociedad democrática, que arranca de la introducción de pensadores católicos europeos a través de publicaciones y grupos que rompen con el nacionalcatolicismo. Por otra parte, el europeísmo define un discurso de identificación con la democracia y la libertad que adquiere todo su contenido en el contexto de la Guerra Fría, y que será un punto de encuentro para las diferentes corrientes democráticas.

*Palabras clave: franquismo, intelectuales, democracia, catolicismo, europeísmo, catalanismo.*

### ABSTRACT

Among the elements that make up the reworking of the democratic discourse in the postwar era, the redefinition of catholicism and a new concept of Europeanism plays a special role. In the first case it deals with the adjustment of Christianity to a concept of a democratic society that begins with the introduction of European catholic thinkers through publications and different groups which break away from national-catholicism. On the other hand, Europeanism defines a discourse of identification with democracy and freedom that feeds itself completely from the context of the Cold War, which will become a focal point for the different democratic tides.

*Key words: Francoism, intellectuals, democracy, catholicism, Europeanism, Catalanism.*

**E**n el contexto del seminario «La gran confrontació entre democràcia i dictadura», parece oportuno plantear algunos aspectos en relación con las continuidades y discontinuidades en la cultura política catalana anterior y posterior a la Guerra Civil. La cuestión es que en la etapa republicana los ideales democráticos eran claramente predominantes, tanto en la derecha como en la izquierda, y que el catalanismo era un eje transversal que impregnaba las fuerzas mayoritarias. La Guerra Civil, y el proceso revolucionario que se dio en su seno en Cataluña produjo una profunda mutación en ese marco previo, y la instauración del franquismo y el acomodo en él de la mayor parte de la derecha catalana, por convencimiento o por necesidad, representaba una ruptura absoluta con la cultura política de los años treinta. Además, a esa dinámica se le debe añadir desde el fin de la Segunda Guerra Mundial el inicio de la Guerra Fría. De esta forma, la experiencia de la Guerra Civil, la dureza de la instauración del franquismo y la contraposición ideológica del nuevo mundo bipolar significaban un profundo cambio en todos los condicionantes de la elaboración doctrinal y su concreción organizativa.

### **Hacia un cambio de panorámica**

Teniendo en cuenta todos estos elementos como telón de fondo, nos interesa ahora profundizar en dos aspectos concretos, que desde fines de los años cuarenta e inicios de los cincuenta significan la aportación de planteamientos nuevos, aunque sea en relación con cuestiones largamente debatidas anteriormente, pero con orientaciones claramente contrastadas. Por un lado, la idea de Europa en la cultura política catalana,<sup>1</sup> que en las décadas anteriores se definía por la identificación de algunos países europeos con la modernidad –y su admiración hacia ella–, además de la posibilidad de que fuese el marco europeo el que propiciase una solución al conflicto nacional catalán, bien a través de la intervención de la Sociedad de Naciones, bien aprendiendo de otros movimientos nacionalistas, como el irlandés o el checo, por poner dos ejemplos. Por otro lado, un aspecto más sustantivo en el debate político de los años treinta es el papel del catolicismo, y en concreto la interferencia en los

---

<sup>1</sup> Véase una visión general en Albert BALCELLS (coord.), *Els Països Catalans i Europa durant els darrers cent anys*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2009.

intentos de democratización de la sociedad y el Estado –o la colaboración con los mismos–, que enfrentaba a un catolicismo mayoritario claramente refractario a la democracia con algunos núcleos de orientación democrática, que en la Cataluña de los años treinta coincidían con los más vinculados al catalanismo. En los dos casos, la Guerra Civil supuso un cambio radical del decorado. Por eso es interesante aproximarse a las nuevas formulaciones surgidas en un contexto claramente hostil, el de la dictadura franquista. Además, se trata de dos elementos de la dinámica internacional, que la cultura política catalana absorbe con gran interés porque tenía sólidos precedentes: el nuevo concepto de europeísmo, como sinónimo de democracia, libertad y derechos humanos, con especial atención a un planteamiento federalista, y las primeras redefiniciones del catolicismo, críticas con el nacionalcatolicismo y deseosas de erradicar la identificación entre cristianismo y conservadurismo. Se trata de dos elementos que tendrían su importancia como discursos de fondo para superar las divisiones en el seno del antifranquismo, que vivía condicionado también por la Guerra Fría, que actuó como una enorme línea divisoria en la oposición catalana como mínimo hasta 1966, cuando la Taula Rodona reunió por primera vez a todos los sectores políticos de la oposición, incluyendo a los comunistas.

## **El europeísmo**

En la nueva situación inaugurada con el fin de la Guerra Mundial, los países democráticos europeos se ven en la necesidad de reaccionar ante el desplazamiento del poder en el mundo bipolar. La noción de Europa cobra un nuevo sentido, que toma cuerpo a partir del primer Congreso de Europa celebrado en La Haya en 1948. Desde ese momento, Europa es percibida como un conjunto, que defiende unos valores comunes; no se trata ya del prestigio particular de uno u otro Estado. Ese nuevo escenario repercute en el escenario político catalán.<sup>2</sup> Para los franquistas catalanes esa Europa no es una referencia positiva, sino todo lo contrario. Para los exiliados libertarios Europa era su refugio, pero dejaba mucho que desear. Para los comunistas del PSUC la línea divisoria de la Guerra Fría los situaba también lejos de la sensibilidad

---

<sup>2</sup> La obra de referencia para seguir la vinculación entre el europeísmo y el panorama catalán en esos años es la obra de Pilar DE PEDRO y Queralt SOLÉ, *30 anys d'història d'europeisme català 1948-1978*, Barcelona, Mediterrània, 1999.

européista que se estaba construyendo en aquel entonces. Por último, los partidos republicanos, liberales y socialdemócratas fueron los que acogieron con mayor interés las nuevas formulaciones del concepto europeo. La prueba más evidente se encuentra en la propia convocatoria del primer Congreso de Europa. En mayo de 1948 asistieron a La Haya el político de ERC Joan Sauret, el músico Pau Casals y el médico Josep Trueta. Al mismo tiempo, aquel congreso recibió la adhesión de nueve ex consejeros de la Generalitat que enviaron una comunicación conjunta. Desde aquel mismo momento se hacía evidente que el nuevo concepto de Europa resultaba atractivo para muchos catalanistas, republicanos y socialistas y que comenzaría a ser un eje de trabajo político para intentar además dificultar la consolidación internacional del régimen franquista.

Por todos estos motivos, el camino que emprendía el lento proceso de construcción europea fue seguido con interés por el exilio político catalán. Y no únicamente seguido, sino que podríamos decir que también fue acompañado por las fuerzas de ese exilio, aunque con una capacidad muy limitada de influencia. Ese proceso de construcción tenía dos niveles: uno correspondía a los estados, y dio lugar al Consejo de Europa, organismo en el que los exiliados no podían intervenir. No obstante, sí que encontraron una vía de intervención a través del Movimiento Europeo, organización de debate y difusión de la idea europea, que surge directamente del congreso de La Haya y que se estructuraba en consejos nacionales. En los países sometidos a regímenes dictatoriales, el Movimiento Europeo aceptaba la constitución de consejos nacionales en el exilio. Así se abría una vía de participación política que escapaba del control de la dictadura. A diferencia de los organismos internacionales que sí reconocían el franquismo, el Movimiento Europeo se consideraba incompatible con él. La singularidad del consejo español es que adoptó un modelo federal, que dio lugar al Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, presidido por Salvador de Madariaga, al tiempo que se creaba también un Consell Català del Moviment Europeu, que sería dirigido *de facto* por el socialista Enric Adroher «Gironella», probablemente el político catalán más relevante en las relaciones entre los demócratas catalanes y Europa después de la Segunda Guerra Mundial. El Consell Català tenía como presidente a Carles Pi i Sunyer, y lo integraban, además de Gironella, que también era secretario

general del Movimiento Socialista para los Estados Unidos de Europa, Josep Rovira, del Moviment Socialista de Catalunya (MSC) y Josep Sans y Joan Sauret, miembros de Esquerra Republicana (ERC). Es decir, que entre esos europeístas catalanes del exilio predominaban los integrantes del MSC y de ERC. El hecho de que la representación catalana en este organismo internacional se vehiculase a través de un órgano federal español abría unas interesantes expectativas a los demócratas catalanistas, que veían en ese reconocimiento una posibilidad para asociar la idea de Europa a un programa federalista, que podría satisfacer muchas demandas catalanistas.

Esta mirada europea no se producía sólo desde el exilio. En el interior pequeños núcleos de activistas habían entendido perfectamente el potencial de la idea europea, entendida como sinónimo de libertad y democracia. El historiador Ferran Soldevila elaboró en 1948 un manifiesto proeuropeo, que firmaron algunos jóvenes, como el democristiano Miquel Coll i Alentorn, o los socialistas Joan Reventós o Alexandre Cirici, y que ponía el énfasis en que el futuro de una Europa unida había de realizarse a través de una federación de pueblos, y no de estados. En definitiva, desde las diferentes sensibilidades del catalanismo, ese ideal europeo era identificado plenamente como garantía de las libertades, de la incorporación de Cataluña y España al mundo avanzado, pero debía tener también un componente federal.

Rápidamente, los núcleos del exilio y del interior confluyeron, de manera que se creó un Consell Català del ME en el interior, integrado por jóvenes como el democristiano Anton Cañellas o el republicano Heribert Barrera; al mismo tiempo algunos de ellos pertenecían también a Joventut Federalista de Catalunya, creada en 1949, donde también encontramos a Joan Reventós o Jordi Pujol. En una dirección parecida, pero de forma legal, funcionaba un círculo de estudios europeos en el Instituto Francés de Barcelona, dinamizado por Anton Cañellas. Naturalmente no se trataba de una iniciativa específicamente política, pero sí de un ámbito de difusión de los contenidos del europeísmo, que era posible por la protección del Instituto Francés,<sup>3</sup> institución dependiente del gobierno galo.

---

<sup>3</sup> El Instituto Francés de Barcelona tuvo un notable influjo en los medios culturales y políticos que intentaban escapar del monolitismo franquista. Su trayectoria se puede seguir en Miquel PORTER (ed.), *Memòries dels cercles de l'Institut Francès*, Barcelona, Hacer, 1994.

Así, para todos estos grupos eran fundamentales los valores culturales y políticos en los que decía inspirarse la construcción europea; y al mismo tiempo ese posicionamiento a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta los convertía todavía más en núcleos antifranquistas, hasta el punto de establecer una relación de ideas muy clara: Europa y el franquismo eran incompatibles porque Europa era sinónimo de libertad y democracia.

A pesar de lo dicho hasta ahora, ¿tenía ese activismo posibilidades reales de cuajar, o sólo se trataba de buenos y voluntariosos deseos? La idea de Europa a la que hemos hecho referencia hasta aquí era básicamente política, y efectivamente estaba en la base de los primeros pasos del proceso, pero no podemos olvidar que la primera concreción importante tuvo un carácter económico. El 1957 Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo constituyeron el núcleo primigenio de la Comunidad Económica Europea. El Tratado de Roma tenía un fundamento económico, aunque mayoritariamente se le concedía una relevancia que sobrepasaba la letra del Tratado. La fuerza del elemento económico permitió articular discursos diferentes, basados en la eficiencia y la eficacia de un mercado común, que progresivamente podía dar por superadas las fronteras económicas, pero que también podía quedar simplemente en eso, un mercado capitalista de mayor dimensión, sin otras consideraciones de índole cultural o política. Esta variable abría más opciones a cómo se vivía en Cataluña el hecho europeo. Por un lado, esta dimensión económica permitía que el interés mostrado por los franquistas catalanes, limitado hasta ese momento, fuese despertando, entendiéndose que para la viabilidad económica del régimen eran importantes unos mejores intercambios económicos con los países vecinos, que –exceptuando Portugal– eran los que habían constituido la CEE. Esta dimensión facilitaba que el mundo oficial empezase a hablar de Europa en un sentido estrictamente económico, despojado de los valores políticos iniciales que defendía el Movimiento Europeo. De esta manera surgían o tomaban mayor relevancia algunas plataformas oficiales, como la Liga Española de Cooperación Europea (LECE). Otras, como el barcelonés Instituto de Estudios Europeos, fundado en 1951 y dirigido por Jorge Prat Ballester y en el que participaba Manuel Riera Clavillé, se movían en un terreno más ambiguo, y eran prácticamente uno de los pocos núcleos legales de la sociedad civil que proclamaban una

apuesta clara por el europeísmo. Otro caso importante, surgido precisamente de la dimensión económica pero con claras conexiones políticas, era el Círculo de Economía,<sup>4</sup> entidad fundada en 1958 por empresarios que ponían el énfasis en la necesidad de disponer de un tejido económico capaz de hacer frente a la integración europea. El Círculo, presidido por Carles Ferrer Salat, fue un espacio de relación de empresarios, economistas e intelectuales, en gran parte inspirados por el historiador Jaume Vicens Vives, a los que no escapaba el estrecho vínculo entre las propuestas económicas y el marco político en el que habrían de desarrollarse, un sistema democrático parlamentario.

En este contexto se produjo un hecho que marcó definitivamente, hasta el fin de la dictadura, la relación entre la dinámica franquismo/antifranquismo y la construcción europea: la famosa reunión del Movimiento Europeo en Múnich en 1962, decisiva por la concurrencia de múltiples factores, entre los que cabe destacar la presencia de personalidades del interior y del exilio, la resolución del Movimiento a favor de la democracia en España, pero también la campaña de desprestigio emprendida por el franquismo (el famoso «Contubernio»), que demostraba el daño que la reunión infligió internacionalmente a la dictadura. Y un último elemento: a pesar de que los comunistas seguían sin participar en estas iniciativas, por vez primera dos observadores de esa tendencia política asistieron a los debates. El proyecto se remontaba a 1960, y de hecho en enero de 1961 Enric Adroher tenía perfectamente en mente sus objetivos, que sintetizaba en una carta: «Resumeixo el projecte en línies generals. Primer les intencions: la nostra preocupació de base era sortir de la situació espanyola de l'immobilisme en què es troba; és a dir, forçar la situació, intentant posar-la en moviment. L'objecte: provocar una reunió de personalitats peninsulars, representant en la mesura del possible diferents estaments socials, tots ells naturalment en oposició oberta o en desacord amb les estructures franquistes, i entorn d'un problema concret com és el de les relacions entre Espanya i Europa. Ens semblava que el tema europeu permetria un acostament entre les dretes antifranquistes i les esquerres democràtiques, mentre que l'acord ens semblava

---

<sup>4</sup> Véase Cercle d'Economia 1958-1983, *Una trajectòria de modernització i convivència*, Barcelona, L'Avenç, 1983.

impossible entorn els problemes de la política interior i de la successió del franquisme. A més, el nostre desig era d'obligar als moviments democràtics europeus (socialista, cristià, liberal) a prendre posició, intervenir en la qüestió espanyola. I, en definitiva, intentar tallar al règim espanyol el camí que mena a Europa. Manera de fer-ho: alçar –repeteix– una oposició democràtica general (és a dir, dretes i esquerres) que demana la integració d'una Espanya democràtica europea, en una situació d'igualtat amb els altres països europeus».<sup>5</sup> Las palabras de Gironella eran un resumen preciso de lo que sucedería unos meses más tarde, con motivo del IV Congreso del Movimiento Europeo en Múnich,<sup>6</sup> y que confirmaría el potencial crítico del europeísmo, la incomodidad que producía en el gobierno franquista, e incluso la capacidad para empezar a limar asperezas con los comunistas. Como ya hemos dicho, aunque no habían sido invitados, los comunistas se presentaron en la reunión y empezaron a romper las barreras que mantenía alzadas la Guerra Fría, aunque muy tímidamente. En este sentido, Francesc Vicens –el miembro del PSUC que asistió al congreso de Múnich– ha relatado la frialdad con que fueron recibidos, y la dificultad para situarse en el contexto de la reunión, pero también la relevancia que muchos dieron a esos primeros contactos, la mayoría todavía limitados a un trato bilateral. Aunque no podemos olvidar que en 1962 el PCE y el PSUC ya llevaban unos años con la política de reconciliación nacional, y el marco de relaciones políticas no era el mismo que a finales de los años cuarenta o inicios de los cincuenta. No es este el lugar para analizar los acuerdos de la reunión de Múnich, suficientemente conocidos. Lo que sí resulta relevante es que al inicio de los años sesenta se había consolidado como un común denominador de la oposición catalana la identificación de Europa con el proyecto democrático, y que desde 1948 unas minorías politizadas habían hecho avanzar ese argumentario en un sentido diferente al de los años treinta.

## **El nuevo catolicismo**

En el contexto de la España nacionalcatólica, en los años cincuenta surgen voces minoritarias que discrepan del discurso oficial desde el catolicismo y que plantean la defensa de un catolicismo compatible con la democracia. Una

---

<sup>5</sup> Carta de Enric Adroher, 29 enero de 1961, citada por DE PEDRO/SOLÉ, *op. cit.*, p. 84.

<sup>6</sup> Sobre Múnich véase Joaquín SATRÚSTEGUI y otros, *Cuando la transición se hizo posible. El Contubernio de Múnich*, Madrid, Tecnos, 1993.

de estas líneas es la que protagonizan principalmente un grupo de pensadores católicos que intervienen especialmente a través de la revista *El Ciervo*.<sup>7</sup> Esta publicación había surgido en 1951, con todas las bendiciones oficiales. En realidad, lo que pretendía el tradicionalista Claudio Colomer, director por entonces de *El Correo Catalán*, era crear una sección de jóvenes de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, de manera que consiguió que Juan Aparicio, director general de Prensa, autorizase *El Ciervo* como un boletín cultural. En poco tiempo la revista se independizó y abrió su temática a aspectos como la función del intelectual o la relación entre el mundo obrero y la Iglesia, siempre en un tono crítico con el nacionalcatolicismo. En la publicación emergía la influencia de escritores católicos europeos, como Chesterton, Bernanos o Péguy, entre otros. En 1958 se produjo un punto de inflexión, iniciándose una etapa que algunos de sus protagonistas no dudan en llamar «etapa conciliar». Aluden, en este sentido, a que *El Ciervo* siguió el espíritu conciliar antes incluso de la convocatoria del Concilio Vaticano II. Los temas que demuestran esta decidida voluntad son, entre otros, utilizar mucho más el término cristianismo que el de catolicismo, entendiendo que de esta forma no se excluía al protestantismo. También se hacía referencia de manera reiterada a la necesidad de erradicar la identificación entre cristianismo y conservadurismo. La cuestión social se trataba a partir de referencias a Mounier, que criticaba el «desorden establecido» y exaltaba la mística de la pobreza. También planteaban una forma nueva de relación entre fe y ateísmo. En definitiva, todo un programa que se exponía de forma global y decidida y abría perspectivas novedosas. Bajo la dirección efectiva de Llorenç Gomis,<sup>8</sup> *El Ciervo* logró congregarse a su alrededor una notable nómina de colaboradores; entre los catalanes cabe destacar a Alfons Comín, Josep Dalmau y Jaume Lorés, además de los hermanos Gomis. Pero, además, es evidente que *El Ciervo* iba

---

<sup>7</sup> Sobre esta revista véase Josep Antoni GONZÁLEZ CASANOVA (ed.), *La revista "El Ciervo". Historia y teoría de cuarenta años*, Barcelona, Península, 1992.

<sup>8</sup> Llorenç Gomis fue uno de los intelectuales más influyentes en esta nueva opción desde el catolicismo. Sus memorias tienen un interés indudable. Véase Llorenç GOMIS, *De Memòria. Autobiografia 1924-1994*, Barcelona, Edicions 62, 1996. También permiten observar las actividades de esa minoría católica activista las memorias de su hermano: Joan GOMIS, *Memòries cíviques (1950-1975)*, Barcelona, La Campana, 1994.

más allá de la propia edición impresa de una revista, y fue formando un núcleo de seguidores que se identificaba con unos planteamientos minoritarios pero cada vez más articulados. Asimismo, debe tenerse en cuenta que la revista, escrita en lengua castellana, tenía difusión en toda España, y permitió establecer relaciones que dieron más consistencia a esa forma de interpretar el cristianismo.

El catolicismo que se expresaba en *El Ciervo*, disidente del nacionalcatólico, se benefició también de la existencia de alguna que otra organización que seguía una evolución parecida, como el Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona (ICESB), que había sido creado por el arzobispado de Barcelona en 1951, como instrumento para el estudio de los problemas sociales. A partir de los estudios concretos de la situación social del mundo obrero, el ICESB se fue distanciando del argumentario oficial de la jerarquía y devino desde principios de los años sesenta una escuela de formación de cuadros políticos democráticos y de la izquierda, que utilizaban la institución como una suerte de sucedáneo de la facultad de Sociología que la Universidad de Barcelona no tenía.

En paralelo, y con diversos puntos de intersección, se iba desarrollando otra sensibilidad católica disidente del nacionalcatolicismo. Entre sus protagonistas se cuentan quienes habían estado claramente entre los derrotados, como Raimon Galí, Joan Sales, o el jovencísimo Josep Benet. En cambio, otros más jóvenes podían pertenecer a familias situadas en el bando vencedor, que se identificaban antes de la Guerra Civil con medios políticos del catalanismo católico conservador. En estos medios se podía vivir de maneras diversas la posible esquizofrenia de considerarse a un tiempo vencedores –en tanto que católicos– y vencidos –en tanto que catalanistas–. Por convicción o por necesidad, algunos renunciarían para siempre al catalanismo, visto como una fuente de problemas. A otros esa dicotomía les había empujado a un cierto exilio interior. A los menos, a utilizar plataformas católicas para actuar en clave catalanista.<sup>9</sup> Aunque fueron pocos, ciertamente en los años cincuenta esa opción fue elegida por una minoría de personas dotadas de fuertes convicciones y persuadidos de la

---

<sup>9</sup> Una visión genérica del proceso en Josep M. PIÑOL, *El nacionalcatolicisme a Catalunya i la resistència (1926-1966)*, Barcelona, Edicions 62, 1993. También *El progressisme catòlic a Catalunya (1940-1980)*, Barcelona, La Llar del Llibre, 1989. Muy crítico con estas interpretaciones el ensayo de Oriol MALLÓ i Alfons MARTÍ, *En tierra de fariseos. Viaje a las fuentes del catalanismo católico*, Madrid, Espasa Calpe, 2000.

necesidad de preparar una nueva élite dirigente. La idea de nueva generación y de preparación para el futuro era fundamental para este núcleo. Pero el paso previo era soltar amarres con un franquismo cultural y sociológico que impregnaba las actitudes políticas de sus ámbitos sociales de procedencia.

En este punto del argumento es importante hacer referencia a la cuestión generacional. Algunos de los jóvenes activistas del catalanismo católico descubrieron en los años cincuenta lo que devendría su posición política. Con familiares asesinados por su condición católica en 1936, muchas familias optaron por un tupido silencio respecto a su propia tradición cultural y política. Es el caso, por ejemplo, de Josep Espar Ticó,<sup>10</sup> que explica con detalle en sus memorias el proceso de «descubrimiento de Cataluña» gracias a un grupo de catequistas que se preparaban para impartir clases de lengua e historia de Cataluña en las parroquias de los barrios barceloneses. Se trata de un caso perfectamente extrapolable a lo que un protagonista ha dado en llamar «la generació dels fets del Palau»,<sup>11</sup> y que queda caracterizado –aunque también demasiado esquematizado– en la figura de Jordi Pujol.

Es difícil establecer un punto de arranque preciso para este proceso, que de alguna manera bebía tanto del ejemplo del activismo resistencial de los años cuarenta como de las posibilidades que ofreció el retorno del exilio de algunos catalanistas, especialmente el de Raimon Galí. Galí empezó a desarrollar en pequeñas charlas clandestinas un discurso sobre la Guerra Civil que no podía escucharse en los medios oficiales. Muy crítico con la revolución que se vivió durante la Guerra Civil en Cataluña, y también con los dirigentes políticos republicanos, Galí explicaba a los jóvenes que Cataluña como país había perdido la guerra; que no había catalanes vencedores, o en todo caso estos habían dejado de serlo, ya que habían admitido la desaparición de la cultura y las instituciones catalanas.

Una primera estructuración de este conjunto de impulsos personales se produjo en la Congregación Mariana de los jesuitas a partir de 1953, justo un año después del Congreso Eucarístico Internacional, que fue una gran demostración nacionalcatólica. Consiguieron que los jesuitas autorizaran la

---

<sup>10</sup> Josep ESPAR TICÓ, *Amb C de Catalunya. Memòries 1936-1963*, Barcelona, Edicions 62, 1994.

<sup>11</sup> Enric CIRICI, *La generació dels Fets del Palau*, El Prat de Llobregat, Rúbrica, 2001.

restauración de la Academia de la Lengua Catalana (1953), un organismo que había existido hasta 1931. Se trataba inicialmente de un grupo muy reducido de activistas, entre los que se contaban Jordi Pujol, Josep Espar, Enric Cirici o Albert Manent, que intentaban enlazar con los maestros de antes de la Guerra Civil. Las actividades de la Academia, en sus diez años de actuación, se centró en celebrar conferencias y organizar algunas exposiciones. Gracias a la cobertura de una organización eclesiástica, se hacía posible una labor pedagógica y de formación que no era viable en otros espacios. De esta forma emergían a la legalidad, aunque en unos círculos necesariamente minoritarios, personas y temas que hasta ese momento sólo se trataban o se encontraban entre sí en la más estricta clandestinidad.

El grupo a que hemos hecho referencia no era, sin embargo, el único que se movía con unos presupuestos parecidos. Existían otros grupos católicos catalanistas, quizás más implicados en la acción que en la reflexión, pero que compartían un denominador común parecido, e iban tomando conciencia de ese hecho. Por eso se empezó a plantear algún tipo de actividad conjunta. Un primer paso se dio en 1954, cuando tres activistas visitaron al abad de Montserrat, Aureli M. Escarré,<sup>12</sup> y le propusieron que apadrinara algún tipo de reunión de esos grupos inconexos. La reunión se celebró en el otoño de 1955, en el Casal de Montserrat en Barcelona, bajo la presidencia del abad, que así daba cobertura a un acto clandestino. De alguna manera es una primera muestra de consistencia de estos grupos, y de un cierto reconocimiento por parte del abad. Con actos de este tipo, Escarré, que había regresado en 1939 al monasterio de Montserrat como un franquista convencido, se iba convirtiendo en un símbolo para la resistencia catalanista, más allá incluso del mundo católico. Este es el contexto en el que, finalmente, surge el grupo CC (Crist-Catalunya o Cristians Catalans), que sería un núcleo guiado inicialmente por Raimon Galí,<sup>13</sup> y en el que participarían personas con orientaciones distintas,

---

<sup>12</sup> El abad Escarré es un personaje controvertido, especialmente por sus relaciones políticas con el régimen y su posterior vinculación con núcleos ajenos a la retórica oficial. Véase un interesante conjunto de opiniones y vivencias de sus coetáneos en Jordi VILA-ABADAL, *L'abat d'un poble. Aureli M. Escarré*, Barcelona, Mediterrània, 1998.

<sup>13</sup> El impacto de Galí en estos ambientes es bien palpable en los recuerdos de muchos de los protagonistas. Recientemente Jordi Pujol se ha referido a ese pensador en sus memorias. Véase Jordi PUJOL, *Memòries (1930-1980)*, Barcelona, Proa, 2007.

hasta el punto de que en 1962 se fragmentó en un sector que priorizaba la vertiente social y otro que hacía lo propio con el vector catalanista. De todas formas, lo que aquí interesa es la elaboración doctrinal de Galí, que divulgó la tesis ya citada de que Cataluña en conjunto había sido derrotada en 1939. Y también la proclama de Jordi Pujol dirigida a «fer país», en el sentido de ir dotando a la sociedad catalana de conciencia nacional, principalmente a través de instrumentos culturales y sociales. Ahora bien, los miembros del grupo CC no se dedicaron únicamente a la reflexión, sino que emprendieron un notable activismo, que tuvo su expresión más célebre en dos actos de resistencia: la campaña contra *La Vanguardia* (junio 1959) y los llamados «fets del Palau». La campaña contra el diario barcelonés se produjo a consecuencia de la frase «todos los catalanes son una mierda» pronunciada por su director, Luis de Galinsoga, autor del libro que calificaba a Franco de «centinela de Occidente» como reacción a una homilía en catalán pronunciada en una iglesia de Barcelona. La frase trascendió y diversos grupos iniciaron una campaña de agitación a favor del boicot por parte de compradores, anunciantes y suscriptores del periódico. Lograron su objetivo, y Galinsoga fue destituido. Un año más tarde los miembros de CC hicieron un paso más, cuando cantaron una canción prohibida en un concierto del Orfeó Català que se celebraba en el Palau de la Música ante tres ministros de Franco. La respuesta gubernamental se tradujo en diversas detenciones, entre ellas la de Jordi Pujol, que no estaba presente en el acto. Posteriormente Pujol fue condenado a prisión, y fue entonces cuando su figura empezó a adquirir dimensión pública.

De esta forma, a finales de los años cincuenta e inicios de los sesenta, el europeísmo y las nuevas definiciones del catolicismo –o del cristianismo, en un sentido más amplio– ayudaban a reformular el concepto de democracia y se insertaban en la cultura política catalana, aunque naturalmente de una forma muy limitada y restringida a unas minorías. Sin embargo, a pesar de estas limitaciones, esas novedades devendrían decisivas en la década de los sesenta, en confluencia con otros procesos, como la nueva orientación de los comunistas. En cualquier caso, el europeísmo como sinónimo de democracia y libertad, y, sobre todo, la revisión del catolicismo y su reconexión con el catalanismo constituyeron dos líneas argumentales –naturalmente, no las únicas– imprescindibles para entender la configuración de la oposición catalana durante el tardofranquismo y la transición.